

RAMON ALSINA



PLANÉS — PIRINEOS ORIENTALES.

JOAQUIN AGRASOT



UN RINCON DE MI PUEBLO

*Según Robira (Fernando VII, 59)*

## DOS INSTANTÁNEAS

**Q**UERIDO amigo: Mañana, día de mi santo, te espero a cenar; después de la cena habrá, tal vez, alguna sorpresa que me parecerá agradable. No faltes, pues sin ti la fiesta no sería completa y ocasionarías un disgusto a

Tu buen amigo:  
JUAN.

Recibí la carta, el día 23 de Junio de hace dos años, y ni por un momento pensé en rehusar la amable invitación del que, con justicia, se titulaba mi buen amigo. Juan y yo habíamos sido condiscipulos en el



SALIDA DE BAILE. — Cuadro de ROMÁN RIBERA.

Fot. Pauli y Bartrina.

Instituto y en la Universidad; allí comenzó nuestra amistad, jamás desmentida en lo sucesivo, y de la que nos dimos mutuas y patentes pruebas. A la vez, nos licenciamos en derecho, y poco después, mi amigo, que poseía cuantiosa fortuna, contrajo matrimonio; un enlace de verdadera inclinación, con una joven de honrada familia, hermosa y buena, según afirmaban cuantos la conocían, pero sin dote. Juan era huérfano, mayor de edad, y de consiguiente, había podido seguir sin dificultad alguna los impulsos de su corazón.

Fué feliz durante dos años; las cartas que de vez en cuando me escribía, pues había ido a establecerse a Madrid, no me dejaban abrigar la menor duda acerca de ello. Luego, las cartas fueron menos frecuentes y parecíanme impregnadas de creciente melancolía. No tenía sucesión y su salud se había alterado: he aquí la explicación que dió a mis discretas alusiones al cambio observado en la disposición de su ánimo. Añadía que su hermano Enrique había ido a vivir con él, para distraerle y cuidarle en unión de su esposa, y últimamente, me participó que los médicos le habían aconsejado el descanso absoluto en sus tareas y que, en consecuencia, volvía a Barcelona, de paso para Arenys de Mar, en cuyas inme-

diaciones tenía una hermosa quinta, donde pensaba permanecer larga temporada.

El día de su llegada acudí a la estación. Encontré a mi pobre amigo bastante desmejorado: en cambio, su esposa y su hermano, un buen mozo, tres años más joven que aquél, rebotaban salud. Sin embargo, hubiérase dicho que ellos eran los enfermos y Juan el sano, pues éste mostrábase alegre y decidido, mientras sus acompañantes estaban taciturnos y parecían contrariados por mi presencia. Sólo permanecieron en Barcelona unas cuantas horas, que yo aproveché hablando con mi amigo, renovando los recuerdos de nuestra vida de estudiantes y dándole ánimo, pues no tardé en conocer que su alegría era ficticia, que se hallaba serio y hondamente preocupado, sin duda por el estado de su salud. Ni una palabra, ni la menor indicación me dejó entender que su real abatimiento reconociera otra causa.

Entre los bultos de su equipaje, cuya descarga presencié, venía una voluminosa caja, que llamó mi atención.

—¿A que no adivinas qué encierra eso? — me preguntó Juan, observando la curiosidad con que la examinaba.

—No, a fe mía, — respondí.

—Una soberbia cámara obscura, con todos sus accesorios. Como en estos últimos meses los médicos me recomendaron, a la vez, distracción y reposo, se me ocurrió consagrarme al arte de Daguerre y Niepce y, según parece, he resultado un fotógrafo de primera fuerza. Durante mi forzada reclusión, he tomado las vistas de todos los alrededores de mi casa; he retratado a cuantos amigos pasaron los umbrales de mi domicilio; y tengo una colección completa de fotografías de mi mujer y de mi hermano, en todas las actitudes imaginables, solos y en grupo... Cuando vayas a vernos a Arenys, ó yo vuelva aquí más despacio, te enseñaré mis obras maestras.

Al recibir la carta que encabeza estas líneas, aún no se había presentado ocasión de que mi amigo me mostrase sus trabajos fotográficos, pues ni él volvió a Barcelona, ni yo tuve tiempo de hacerle una visita. Ya no era posible demorar ésta, y el mismo día en que recibí la invitación de Juan, tomé el tren y me trasladé a Arenys de Mar.

La acogida que se me hizo, fué afectuosísima, por parte de Juan; simplemente cortés, por la de Consuelo, su esposa, y Enrique. Faltaba un rato para la hora de la cena, y mi amigo quiso que aprovecháramos el tiempo. Me enseñó todos los aposentos de la quinta, espaciosos y bien amueblados, subimos al terrado, contemplamos el mar; y el poético espectáculo que ofrecían sus aguas, sobre las que caían los últimos rayos del sol poniente, y en cuyo verde fondo se destacaban las blancas velas de las lanchas pescadoras, como lirios desperdigados en inmensa pradera, arrancóme esta vulgar exclamación:

—¡Qué hermosol!

—Cierto, — repuso Juan; — pero ¡qué amargol!

Y añadió, como hablando consigo mismo:

—¿Por qué ha de tener ese dejo la hermosura?

Permaneció algunos momentos ensimismado, y para sacarle de su abstracción, le recordé la promesa que me había hecho de enseñarme sus trabajos fotográficos.

No pareció agradaerle la idea. Pasó una nube por su frente, y murmuró:

—Bien sí... vamos...

Comenzó a bajar con lento paso, como de mala gana; le seguí y al llegar a las habitaciones, Consuelo nos salió al encuentro, diciendo:

—La cena está dispuesta.

Juan lanzó un suspiro de desahogo.

—A la mesa, — dijo; — dejemos para luego las fotografías.

Intútil es decir que no insistí.

La cena fué triste, pese a los esfuerzos que todos hicimos para animar la conversación. Yo no tenía ningún particular motivo de disgusto; pero la anómala actitud de los otros tres comensales me cohibía y me preocupaba. Allí pasaba algo: ¿qué era ello? Desgraciadamente no tardé en saberlo.

A los postres, Juan pareció galvanizarse; ficticia ó verdadera, manifestó alegría, y luego que hubimos tomado el café, dijo volviéndose a mí:

—La sorpresa que te he prometido consiste en que voy a retrataros en grupo, con el revólver de magnesio; un curioso mecanismo que me han traído de París la semana pasada. Esperad un poco.

Levantóse y salió, volviendo al cabo de algunos minutos, en compañía de un criado que traía la cámara obscura y el trípode.

En un momento quedó instalada la máquina en uno de los ángulos del comedor. El criado se retiró.

—Hay que apagar la luz, — dijo Juan; — pero no estaréis mucho tiempo a oscuras. Cuando yo os avise, permaneced quietos, pues en seguida arderá el magnesio del revólver y se impresionará la placa.

El comedor quedó en tinieblas; transcurrieron algunos instantes y de pronto brilló la blanca luz del magnesio. Consuelo lanzó un ahogado grito.

—¿Qué es eso? — preguntó su esposo, a la vez que encendía un fósforo, pues la habitación había vuelto a quedar a oscuras.

—Que... como habías dicho que avisarías... — balbuceó la joven con alterado acento.

—Es claro, — contestó en voz serena Juan. — Si os hubiese advertido habríais salido forzados, sin la expresión natural... Voy a revelar el clisé.

Y, antes que ninguno de los tres hubiéramos podido hacerle observación alguna, salió llevándose el bastidor ó *chassis*, como se dice entre los del arte.

Miré a Consuelo y a Enrique, y no pudo menos de sorprenderme la expresión de sobresalto que revelaban sus facciones, sobresalto que se convirtió en mortal ansiedad cuando, al cabo de un rato, Juan se presentó de nuevo en el comedor.

Volví la vista hacia mi amigo y me pareció que estaba pálido; sus ojos despedían un extraño fulgor. Detúvose un instante bajo el dintel de la puerta, contempló el grupo formado por su hermano y Consuelo, siguió adelante y dijo con voz perfectamente tranquila:

—¡Qué desgracia! Hay que repetir la operación; no ha salido nada en el clisé.

Los rostros de Enrique y su cuñada se serenaron como por encanto.

—Después de todo, — continuó Juan, — más vale así, porque observo que no estais bien agrupados. Tú, Eduardo, colócate ahí, junto a mi esposa; tú, aquí, Enrique.

Y puso a su hermano cerca de la máquina, bastante separado de nosotros dos.

—Ahora, — añadió por último, — sería inútil tratar de engañaros nuevamente. Haced el favor de permanecer quietos y naturales, cual si no fuerais a retrataros... ¡Ya veréis como al fin sale una obra maestra!

Parecióme advertir cierta ironía en esta observación, tras de la que volvió el comedor a quedarse a oscuras. Un instante después, mi amigo decía con destemplado acento:

—¿Estáis preparados?

—Sí, — repuse yo, en vista de que los demás nada respondían.

—Pues ¡fuegol! — gritó Juan.

Y se oyó un nuevo disparo, mas... muy distinto del anterior: un disparo hecho, no con el inofensivo revólver de magnesio, sino con un arma mortífera, con un verdadero revólver. A la detonación siguió el ruido de un cuerpo pesado que cae al suelo, y a la vez que yo, dominando mi asombro y mi espanto, de nuevo encendía la luz, Consuelo lanzaba un grito desgarrador.

Cuando las tinieblas desaparecieron, un espectáculo horrible se ofreció a mis ojos. Consuelo se había desmayado; Juan que en la obscuridad había ido acercándose sigilosamente a su hermano, permanecía inmóvil, caídos los brazos, junto al ensangrentado cadáver de Enrique a quien había destrozado el cráneo; su mano diestra empuñaba aún el arma homicida. Dejóla caer apenas brilló la luz y se arrojó en mis brazos sollozando.

He aquí el resumen de la declaración prestada por mi amigo ante el juzgado:

—Al poco tiempo de la entrada de Enrique en mi casa, comenzaron mis sospechas; estas se acrecentaron con motivo de mis ensayos fotográficos; pues, al retratar en grupo a mi esposa y a mi hermano, la expresión de sus miradas los vendía sin que de ello pudieran darse cuenta... Yo, no



¡A ESE! — Cuadro de A. FILLOL GRANELL.

Fot. Pauli y Bartrina.

obstante, trataba de desechar tales ideas; ¡me parecía imposible tamaña infamia! Pero aquella fatal noche adquirí la prueba evidente, irrecusable, de su crimen... Aprovechando la obscuridad y fiados en que yo les avisaría, los miserables, estrechamente abrazados, estaban besándose en el momento en que hice el primer disparo... La placa está en mi laboratorio, a la disposición del juzgado y para testimonio de mi deshonra.

—¿Por qué se vengó usted en su hermano y no en su esposa? — preguntó el juez.

—¿En Consuelo? — repuso Juan. — ¡Oh! ¡Imposible!

Y se llevó ambas manos al corazón.

Consuelo desapareció la misma noche de la catástrofe, y fueron inútiles cuantas pesquisas se hicieron para averiguar su paradero. El jurado ha absuelto a mi amigo, pero su felicidad está muerta, y su razón ha sufrido tan rudo golpe, que experimenta accesos de locura, cada vez que pasa por delante de un escaparate de fotografía. ¡Pobre Juan!

EDUARDO BLASCO





COMPOSICIÓN Y DIBUJO DE FERNANDO XUMETRA.

# ¡DECEPCION!



o te has enterado de lo que le pasó a un oficial de mi escuadrón, cuando estábamos destacados en H.?

—No,—respondí.

—Pues el caso es sabrosísimo y merece que lo sepas...

Y, encendiendo mi interlocutor, el capitán D..., un pillito, dió principio á su relación de esta manera:

—«Durante la estancia en H... se me incorporó un muchacho joven y elegante, el teniente Lebrija, buen oficial, pundonoso en el cumplimiento de su deber, y que, muy en breve se hizo querer de cuantos le rodeabamos. Sólo una cosa nos inquietaba y nos torturó más de cuatro veces la imaginación. ¿Que se hacía por las noches? Durante estas, nunca se juntaba con nosotros. Nadie sabía donde encontrarle... ¿Alguna novia?...

¡Qué! ¡Si él mismo había dicho y repetido que todas las mujeres de H... le tenían sin cuidado, y esto que no se le había escapado al muy pillín que muchas se lo comían con los ojos!... Su asistente juraba y perjuraba que se acostaba su amo cuando sonreían los primeros albos del día... ¿Donde iba?... ¿Donde iba?... Esto fué lo que me propuse averiguar, hasta dejar satisfecha mi curiosidad y la de mis compañeros.

Una noche, á la hora de la cena, me fingí estar indispuerto y me quedé en mi habitación. En cuanto conocí que iba á terminar aquella, salí de la casa sin hacer ruido, y de paisano, envolviendome en mi capa, de la cual levanté el embozo hasta los ojos, me aposté en la acera de enfrente, aguardando de esta guisa al oficial, quién á los breves instantes apareció, de paisano también, abrigando su cuerpo con elegante y bien cortado *pardessus*.

Echamos á andar, yo siempre trás de él, y después de un sinnúmero de vueltas y revueltas por lóbregos callejones, dimos de narices en una especie de café-hotellería, un bar, como dicen nuestros vecinos traspirenaicos, y allí entró Lebrija, haciendolo yo algunos momentos después, y procurando sentarme en sitio de donde pudiera verle sin ser visto.

¡Señores! ¡Por poco me dá un torión, como dicen en Andalucía, al divisar, á pesar de la densa humareda producida por cientos de malos cigarros y apesantadas lámparas de petróleo, á mi hombre sentado ante una no muy pulcra mesa, cerca del mostrador, dirigiendo sus miradas, preñadas de amorosa pasión, á una mujer que sentada detrás de aquel se las devolvía con usura!

No era fea, parecía tener sus veinticinco; de buenas carnes, y, á juzgar por lo que dejaba al descubierto el mostrador, no mal conformada.

¿Conqué estas teníamos? ¿Conqué el apuesto tenientecillo andaba en trapicheos? El, que desdeñaba á tantas y tan bien nacidas señoritas como en la población había, ir á posar sus ojos en una cafetera... ¡Pero qué cafetera!... ¡De un buchinché!!! Pagué la taza de café—que á todo sabía menos á café—y sumido en un mar de cavilaciones, me fui para casa, dispuesto á devanarme los sesos hasta descifrar el enigma.

¡Enamorado Lebrija de la dueña de un cafetucho parecido!!!...

## II

Me disponía una mañana para ir al cuartel, pues estaba yo de capitán de día, cuando un: «Se puede pasar?» resonó al otro lado de la puerta de mi aposento. Abrí, y me encontré delante del buen Lebrija, quién me habló de este modo:

—Mi capitán: ¿tendría usted la bondad de escucharme por breves instantes?

—¿Quién lo duda? Tome usted asiento,—respondí acercandole una silla.

—Gracias. Pues... el caso es algo formal... Quizás á usted le estrañe... más un día ú otro debía acontecer... ¡Quiero casarme!...

—¿Usted!—le dije, haciendome el desentendido; pero realmente sobresaltado de veras.

—Sí, yo. Y aquí me tiene usted para pedirle un favor, pues merece usted toda mi confianza.

—Vamos á ver: ¿qué es ello? ¡Eche usted por esta boca!

—Sencillamente, rogarle que sea usted quien vaya á pedir la mano de mi futura.



—No tengo inconveniente alguno, y honrado me veo en ello además. ¿Quién es? ¿Dónde vive?

—Se llama—dijo Lebrija,—Anastasia Carabaña, vive en el callejón X... y es propietaria del café «La alianza de los amigos».

¡¡María Santísima!!!

¡¡No se como vivo después de oír aquello!!

¡¡Al fin, caía al abismo, en unión de la cafetera!!!

Titubeé algo; sin duda él conoció lo que pasaba en el interior de mi sér, por cuanto se apresuró á decirme:

—Sí, ya sé que le estrañará á usted semejante enlace, por la diferencia de clases, pero, aunque á usted le parezca estraño, tengo estudiadas á cuantas mujeres casaderas hay en esta población, y ninguna, créalo usted mi capitán, reúne las condiciones de Anastasia. Guapa, bien formada, alma sensible y amorosa, y con un espíritu de trabajo tal, que siempre la he visto sentada detrás del mostrador del café, regentando desde allí, con admirable tacto, su establecimiento. Para ella están demás paseos y todo género de distracciones...

No era yo, ciertamente, el llamado á impedir lo que, en mi fuero interno, consideraba una atrocidad. Lebrija tenía ya los suficientes años para saber lo que le convenía, y... nada, que le dije que sí, que iría á pedir la mano de la bella Anastasia.

Dióme el joven un cordial abrazo, junto con no sé cuantos millones de frases de agradecimiento, y, con el semblante rebosando alegría, se marchó á su habitación, en tanto que yo me dirigía al cuartel.

Aquella misma tarde me personé en el café de «La alianza de los amigos».

Tras el mostrador se hallaba ella, y hacia ella me fui derecho; le expuse en pocas palabras la misión que se me había confiado... Su rostro se coloreó un instante... y, al cabo de unos segundos, con voz temblorosa por la emoción, me dió el codiciado sí...

Al manifestar á Lebrija el resultado airoso de mi corto *interwex* con Anastasia, por poco se vuelve loco de contento.



## III

Y pasados algunos días, una mañana muy temprano, llegamos á la iglesia donde debía Lebrija unirse en indisoluble lazo, éste, otro oficial y yo.

Allí aguardaban ya algunos invitados y parientes por parte de la familia de la novia...

A poco de haber llegado, el ruido que produce el rodar de un carruaje nos anunció la llegada de la que iba á casarse y de su comitiva.

En efecto, en una mala berlina — y digo mala, porque en la localidad aquella no había otras que las ya muy usadas en capitales de provincia, — llegó el tesoro del cual pronto iba á ser dueño el primer teniente de caballería don Armando Lebrija de los Mejillones.

Todos teníamos la vista fija en dirección al vehículo, que conducía á la novia.

De pronto, vimos palidecer densamente el rostro del oficial, y que, con los pelos en desórden y atropellando todo cuanto hallaba por delante, echaba á correr vertiginosamente... sin dirección fija.

¿Qué había pasado?

Me lo contó confidencialmente aquella misma noche, cuando pude dar con él, ya en la estación del ferrocarril.

«Al dar la mano á mi Anastasia, para ayudarla á descender del coche, vi con espanto que la mi futura esposa solamente estaba bien formada de medio cuerpo para arriba, pues las piernas escasamente tenían dos cuartas...»

Vaya ¡¡¡que era enana!!!

¡¡Ahora me explico, amigo mío,— me dijo riendo estrepitosamente el Capitán D... — que se pasara la vida detrás del mostrador!!

